

La esperanza de PAZ de unos ojos llenos de guerra

Yoiver Giraldo Quintero

Cada paso que daba me acercaba más a esa frase, a ese “*Dama, caballero, calidoso... una ayuda por favol, un hambre es dura*”. Salía de la voz de un hombre negro con un acento notoriamente chocoano y con una mirada tan opaca como esta tarde manizalita cuando el reloj marca las 5:30 p.m. Ahí estaba él con su cartel blanco, o beige si se quiere. Ahí estaba Alex con su clamor resumido en un párrafo... en este párrafo:

“Somos unas familias pobres del bajo Atrato Chocó cualquier ayuda Dios los bendise por su colaboración alimentación y algo de ropa usada. Gracias”.

Alex llegó hace un mes y medio a Manizales, capital del departamento de Caldas ubicado en el centro de Colombia. Llegó ‘trepada’ en un camión de madera junto a su esposa Yaneth y sus tres hijos. “*Mi sangre, mi niña es la menor y tiene cinco años. Estos dos chiquitines si son más grandecitos y no paran de jugar con esos balones*” –Me cuenta al preguntarle por sus hijos. -*¿Y dónde juegan?* –Le cuestiono ansioso. *Ahí sentados en el andén* –Me responde mientras una pareja de jóvenes ponen una moneda de \$500 en sus manos callosas, ásperas y algo sucias.

Alex es uno de los miles de colombianos desplazados por la guerrilla. “*Una noche llegaron y nos sacaron del rancho. Nosotros vivíamos tranquilos en la selva del Chocó hasta que nos pusieron un fusil en la cabeza y nos hicieron salir con lo que teníamos puesto. Desde ese momento pedimos monedas para la comida y la piecita*” –menciona entre largas pausas; como si cada sílaba que pronunciara lo llevara a recordar ese instante en el cual le cambió la vida por culpa de una guerra de décadas que ha tocado desde candidatas presidenciales hasta agricultores, desde niños hasta ancianos, desde senadores hasta comerciantes. Una guerra que ha manchado un país

de sangre... ¡De pura sangre!

Al pasar los minutos su frase: *“Dama, caballero, calidoso... una ayuda por favol, un hambre es dura”* no deja de tocar los oídos de los transeúntes que poco a poco se acercan a regalarle desde 100 hasta 1000 pesos. Según Alex hoy ha sido un buen día, *“ya he recogido 13.000 lucas y un señor ahorita nos trajo galletas”*.

Mientras él, sentado ante la mirada incrédula de algunos y compasiva de otros trata de que su voz sobresalga desde el asfalto de la Carrera 23, la más popular de Manizales; su esposa Yaneth, una mujer diminuta y que viste una blusa blanca como el color del cartel, le acomoda seguidamente a sus hijos las camisetas talla M para cuerpos talla xs que según ella *“una señora se las trajo junto a estos balones. Yo tlato de que no se les ensucie mucho para que les aguante para el otlo día”*. Además de las camisetas los niños visten pantalonetas y chancas para la playa. Yulieth, la niña, resalta con sus chaquiras de mil colores.

Con la promesa de regresar al otro día con algo de ropa me despido junto a mi lápiz y mi pequeña libreta. Son las 6:30 de la noche. Alex y su familia se quedarán dos horas más ahí gritando: *“Dama, caballero, calidoso... una ayuda por favol, un hambre es dura”*.

En la 22 también hay hambre, dolor y anhelo de paz

Cuando me dirigía a mi casa, ubicada en la comuna 5 y a la que llegó el presidente Santos el 21 de junio, dos días antes de viajar a Cuba a firmar ese acuerdo de paz con las Farc que por lo menos en papel pone fin al conflicto; una cuadra más abajo donde se encontraba Alex, exactamente en la carrera 22 al frente de la Alcaldía, estaba otra familia con los mismos rasgos y un cartel igual que repetía ese párrafo de clamor, de auxilio:

“Somos unas familias pobres del bajo Atrato Chocó cualquier ayuda Dios los bendise por su colaboración alimentación y algo de ropa usada. Gracias”.



-Señor, acabo de hablar con una familia allí arriba y tienen el mismo cartel que ustedes. ¿Son familiares? –Le pregunto a Jair incrédulo con esta casualidad. –Mi sangre siéntese y le cuento. –Me invita como si me conociera de toda la vida. –Mire, la de la 23 es mi hermana. Llegamos juntos hace un mes y medio. Vivíamos en un pueblito del Chocó llamado Mulguidó en la frontera con Panamá. De ahí solo se sale en chalupa. De ahí nos desplazaron como unos perros”. -¿Quién los desplazó, la guerrilla? –Le pregunto mientras una estudiante que pasa por el lugar le promete que en media hora les traerá una estopa con ropa usada que tiene en su casa. –No, a nosotros nos sacó los paracos. Porque allá no ha entrado nunca un soldado ni un policía mi sangre. Eso es adentro de la selva. Donde se lleguen a aparecer por allá los fumigan”.

Jair es un hombre de aproximadamente 40 años, negro y alto. Como su hermana también lleva más de un mes en Manizales sentándose día tras día en la misma esquina de 8:00 a.m. a 9:00 p.m. *“Aquí estamos todo el día pidiendo ayuda. Manizales es muy bueno, aquí la gente no lo trata a uno mal y muchos hasta nos traen comida. El domingo nos comimos ni que plato de pescado entre todos”*-Me cuenta mientras sus hijos lanzan arengas al ver pasar un carro de la basura como si se tratara de un carro famoso.

¿Y el gobierno que les dice, no les ayuda? –le cuestiono. Sí, pero se demoran 10 años para después darle \$400.000 a uno cada dos años. Perdóneme mi sangre pero eso no sirve pa ni mier... eso no nos

calma el sufrimiento que tenemos todos los días” –me responde inconforme.

-Y qué piensa del acuerdo de paz que se firmó en estos días en la Habana. De pronto ahora el gobierno les ayude más a los desplazados? –le menciono mientras me mira fijamente.

-No mi sangre. Esos del gobierno son los guerrilleros número 1. No ve como dejaron secuestrar a esa periodista. A esa Salud Hernández. Yo quiero la PAZ pero para que exista eso en este país se necesita es que le calmen el hambre a la gente. No es fácil acostar estos niños con un solo pan al día. Si este país quiere paz primero se tienen que acabar las injusticias y estos niños tienen que poder ir a la escuela. No mi sangre, aún falta mucho para la PAZ” . –me responde haciéndome entender que mi pregunta había tocado su corazón, su rabia, su impotencia.



Son las 8:10 p.m. La fría noche manizalita y la amenaza de lluvia me hace partir agradeciéndole a Jair su confianza y su testimonio. Sus hijos me abrazan mientras comparto con ellos los únicos 2.000 pesos que tenía en el momento. Tal vez su papá les compre algo de comer o tal vez no. Todo dependerá de si en la hora que le falta para irse a su ‘piecita’ se alcanza a recoger los \$4.000 que aún le hace

falta para pagar la deuda de la noche anterior.

Y aquí estoy, escribiendo cada letra de esta crónica con la ilusión de que, como reza en un párrafo escrito en la página web de la Fundación ‘Mi Sangre’, *“quienes sufrieron la violencia, vuelvan a creer en ellos mismos, en el otro y en su comunidad, para descubrir y fortalecer las capacidades de niños y jóvenes como líderes de cambio y para que descubran que su voz puede sacudir la conciencia de la sociedad y promover una cultura de paz desde su territorio”*.

Más allá de ver unas firmas plasmadas en un papel, los colombianos queremos sentir la PAZ, queremos visitar tranquilos el Chocó, Cúcuta, el Amazonas y cada rincón de nuestro país. Queremos llorar pero de emoción por nuestros triunfos. Queremos abrazarnos tan fuerte sin importar nuestros orígenes o el color de nuestra piel. Queremos tener un país donde cada ciudadano pueda luchar por sus sueños sin que nos coloquen un fusil en la cabeza. Sin que nos nieguen la oportunidad de alzar nuestra voz como jóvenes, adultos, niños. Colombia necesita menos *bendise* y más *bendice*. Menos *firmas* y más *hechos*. Menos guerra y más
PAAAAAAAAAAZZZZZZZZZZZZ.